

JULIO RAMÓN RIBEYRO

# CRÓNICA DE SAN GABRIEL

PRÓLOGO DE  
MARCO GARCÍA FALCÓN



PESOPLUMA

## Sobre *Crónica de San Gabriel*

*Crónica de San Gabriel*, mi primera novela, fue escrita a comienzos de 1956, en Múnich, cuando tenía 26 años. Acababa de llegar a Alemania, no sabía alemán, y el crudísimo invierno (31 grados bajo cero y un metro de nieve en las calles) me forzó a permanecer encerrado en el cuarto que había alquilado en las afueras de la ciudad, en casa de una familia obrera.

Pronto la soledad, la incomunicación, el aburrimiento se tornaron insoportables y no vi otro remedio a mi estado depresivo que escaparme de esa realidad mediante la imaginación. Abrí entonces un cuaderno y empecé a escribir lo primero que me vino a la cabeza, el recuerdo de las vacaciones que pasé en una hacienda andina cuando tenía catorce o quince años.

A los pocos días estaba tan sumergido en mi trabajo, que perdí todo contacto con lo que me rodeaba. Ello explica que haya escrito el libro tan rápidamente, pues soy un escritor más bien lento y de esfuerzo discontinuo. Es una de las pocas experiencias que he tenido, al escribir, de encontrarme en una especie de «segundo estado», al punto que lo que describía me parecía el verdadero mundo y la realidad un mundo leído o soñado. A los tres meses comprobé que había comenzado el deshielo, que los árboles reverdecían y que muy bien podía ya salir no solamente de mi cuarto sino de mi libro. La novela estaba terminada. No me volví a ocupar de ella hasta dos años más tarde, en que añadí un capítulo y la pasé a máquina. La publiqué en Lima en 1960 y obtuve ese año el Premio Nacional de Novela.

Menciono estas circunstancias para subrayar que esta novela surgió de mí en forma espontánea, sin ningún plan ni presupuestos artísticos o ideológicos, al menos conscientes.

Todo lo que pueda decir de ella está basado en su resultado, es decir, en el texto mismo.

Por lo pronto, es la única de mis novelas que se desarrolla en un ambiente rural, cuando yo había siempre predicado la necesidad de escribir sobre Lima y fundar una narrativa urbana, prácticamente inexistente en Perú. En ese sentido había dado el ejemplo, al publicar en 1955 mi libro de cuentos *Los gallinazos sin plumas*. En ese sentido se orientaron también las dos novelas que escribí con posterioridad a *Crónica de San Gabriel*, es decir, *Los geniecillos dominicales* (1964) y *Cambio de guardia* (1976), que tienen a Lima como escenario.

Que *Crónica de San Gabriel* transcurra en la sierra no hace de ella, sin embargo, una novela indigenista, lo que la distingue de los grandes frescos andinos de Ciro Alegría y José María Arguedas. Su especificidad proviene de que se trata de una visión de la sierra, pero hecha por un limeño. En ella el campesino indígena aparece solo episódicamente, los problemas agrarios no figuran en forma explícita, el color local y el folklore están ausentes, lo mismo que todo el aparato reivindicatorio, social y político que caracteriza la novela indigenista. *Crónica de San Gabriel* se limita a presentar la vida de los patronos o señores de una hacienda serrana y las relaciones ambiguas, tensas y a menudo secretas que agitan este microcosmos.

16

A pesar de lo dicho, algunos críticos han encontrado en esta novela una gama de significaciones que menciono al azar: un testimonio sobre la decadencia del latifundio en la sierra peruana, una novela de educación o aprendizaje (el paso de la adolescencia a la adultez), una historia de amor juvenil en un escenario agreste, un simple cuadro de costumbres provincianas, la descripción novelada de un caso clínico de histeria (Leticia), una obra críptica en la cual el autor ha escamoteado algunos datos para que el lector descubra por su cuenta una segunda obra.

Estas interpretaciones son interesantes y relativamente defendibles. En tanto que autor, me limito a citarlas, sin tomar ningún partido.

Julio Ramón Ribeyro  
París, marzo de 1983

# CRÓNICA DE SAN GABRIEL

## El viaje

Las ciudades, como las personas o las casas, tienen un olor particular, muchas veces una pestilencia. Mientras recorría las calles rectas de Trujillo, me sentía envuelto por una transpiración secreta que emanaba no se sabía de dónde, quizás de los zaguanes, de los sótanos condenados o de las alcantarillas. Una presencia olfativa me cercaba y me recordaba a cada paso mi condición de forastero, de hijo de tierra extraña. Yo andaba a manotazos bajo el duro sol y los balcones morunos, recordando que en Lima, años atrás, cuando iba a las calles del centro, había sentido también el olor de la ciudad. Lima, decían las viejas, olía a ropa guardada. Para mí olió siempre a baptisterio, a beata de pañolón, a sacristán ventruado y polvoriento. Pero Trujillo olía a otra cosa. Era un olor amarillo, en todo caso, un olor que tenía algo que ver con las yemas de huevo, los helados Imperial o ese sol ambarino que penetraba todos los objetos.

El día anterior, a las seis de la mañana, habíamos partido de Lima, en una góndola roja. Este viaje fue decidido por mis tíos en cuya casa vivía alojado desde la muerte de mi padre. Nunca supe a ciencia cierta por qué resolvieron alejarme de un lugar en el cual comenzaba a sentirme a gusto. Yo sospechaba una maquinación de mi tía Herminia, la cual me odiaba porque yo pasaba íntegramente los días sin hacer nada. Mi ocupación favorita era recostarme en todas las paredes, caer despatarrado en todos los sillones, pensando en cosas absurdas, como por ejemplo, en la cara que tendría mi tía Herminia si se pelara un poco. Otras veces me subía a la azotea y me entretenía en perseguir a los gatos techeros o en espiar las intimidades del vecindario. Como acababa de terminar el colegio creía haber conquistado para siempre el derecho a estar ocioso.

Tal vez se consideró que mi conducta debía ser perniciosa para mis primos, aunque en realidad mi comercio con ellos se reducía a darles, de cuando en cuando, de bofetadas. Lo cierto es que Felipe, el esposo de Herminia, me entretuvo durante algunos días hablándome de la hacienda de la cual era administrador, de su aire puro, de la leche bebida a la sombra de las vacas. Como su discurso no me conmovía, resolvió ejercitar sus derechos de tutela y de un día para otro anunció nuestro viaje.

Fue así como Felipe y yo partimos, una mañana de verano. La primera jornada de viaje fue memorablemente aburrida. Nunca imaginé que la costa de mi país fuera un desierto. Hasta entonces, solo había conocido el valle de Lima, rico en huertas y jardines. Por la ventanilla veía circular a las arenas, formar dunas pardas y perderse hacia el oriente en tristes explanadas que recordaban un planeta abandonado. Cada cien kilómetros cruzábamos un río en cuya ribera crecían yerbas o cabañas. Había pueblos parásitos nacidos no se sabe cómo en la planicie y que vivían del camino como se vive de un torrente. El ómnibus los atravesaba sin concederles ninguna importancia y en la calzada de su calle principal, de su única calle, apenas tenía tiempo de ver agitarse un brazo haciendo una seña que, más que un saludo, parecía el gesto desesperado de un hombre que se ahoga.

En Trujillo ocupamos un hotel viejo de tres pisos, en cuya fachada había una enseña que representaba una estrella de cinco puntas. Sus altísimas habitaciones empapeladas y hoscas me inspiraban horror y yo no hice otra cosa que vagar por las calles, a la caza del olor ciudadano. Felipe ocupaba sus jornadas en extraños ajetreos. Solo lo veía de noche, cuando al regresar hacía ruido y me despertaba. Abriendo un ojo espía sus gestos maquinales de aventurero nocturno: se observaba en el espejo, se acomodaba el bigote, se desperezaba y, silbando alegremente, se echaba a dormir. El último día de nuestra permanencia en Trujillo lo noté más inquieto que de costumbre. Iba de la cama al balcón encendiendo un cigarrillo con la colilla del anterior. Al fin se volvió hacia mí y me dijo que me fuera

inmediatamente del hotel y que no volviera hasta después de la comida. Para hacer más persuasiva su orden me regaló un billete de a libra.

Cuando descendí las escaleras observé que en la calzada había una mujer que miraba con insistencia las ventanas altas del edificio. Al llegar a la esquina volví la cabeza: la mujer atravesaba la calle y penetraba en el hotel.

Esa misma noche, al regresar, encontré una nota de Felipe en la cual me decía que al día siguiente partiríamos de madrugada para Santiago de Chuco. Cerca de medianoche lo sentí llegar. Estaba tostado por el sol, tenía las ropas sucias de arena. Al percatarse de que estaba despierto, me exploró largamente con sus ojos brillantes.

—Un consejo —murmuró—. No creas nunca en la honestidad de las mujeres. ¿Sabes que no hay mujer honrada sino mal seducida? Todas, óyelo bien, todas son en el fondo igualmente corrompidas.

A las cuatro de la mañana, con los párpados aún hinchados de sueño, me encontré en la caseta de un camión, rumbo a la sierra. Íbamos apiñados entre una población de indígenas que regresaban a su tierra llevando auestas todo su patrimonio: atados de ropa, gallinas encerradas en costales, manojos de hierbas que apestaban. Como Felipe no tenía con quién conversar y no había mayor tormento para él que permanecer callado, me tomó de confidente y durante largo rato me relató sus peripecias de viaje. A los catorce años se había escapado a los Estados Unidos y había pasado allí toda su juventud, desempeñando los más diversos oficios. Esta dura experiencia había grabado en sus facciones un rasgo de tenacidad, de resolución, de fuerza indomable, que amedrentaba a los hombres y subyugaba a las mujeres. Yo lo admiraba profundamente y veía en él un ejemplo digno de imitarse.

A mediodía comenzó la tormenta. De las vertientes caían piedras y barro. El camión sobrecargado podía apenas remontar la cordillera. Yo vigilaba, con la cara pegada a los cristales, el desplazamiento de los abismos. Como el chófer cabeceaba

y se adormecía con el zumbido del motor, Felipe se acomodó a su lado y comenzó a zarandearlo a chistes y manotazos. Solamente al atardecer divisamos los tejados de la ciudad. Al descender del camión frente al hotel me desmayé. Más tarde abrí los ojos en una habitación extraña, sucia, con las paredes tapizadas con papel de periódico. Felipe, en una mesa, conversaba con un desconocido y bebía a cortos intervalos de una botella de pisco. La lluvia golpeaba furiosamente las ventanas.

Por una serie de razones fuimos retenidos en Santiago durante varios días. Se nos había acabado el dinero, llovía, y además las bestias de transporte no llegaban. Felipe, esta vez, no se perdió en las calles, sino que pasaba las horas espionando el mal tiempo por el balcón o estirado en la cama dejándose crecer la barba. Yo me distraía observando por un agujero del piso el bar del hotel, donde se desarrollaban fenómenos apasionantes para mi tedio, como las partidas de billar que terminaban siempre cuando el comisario, borracho ya, se subía al tapete y agarraba a patadas las bolas de marfil.

22

Una mañana, Felipe, que merodeaba por el balcón, lanzó un grito:

—¡Ya llegaron!

Cuando me asomé vi dos enormes caballos moros y una mula que el arriero tenía por la brida. A pesar de que yo nunca había montado caballo, hube de hacerlo esta vez, porque prefería arrostrar ese peligro que continuar en esa ciudad que, a la sazón, estaba infestada de moscas y donde se comía tan mal en ese mercado sin manteles, entre gente tosca que bebía y eructaba. Dos veces consecutivas el moro me hizo besar el suelo todavía húmedo de Santiago. Al fin pude tenerme sobre la silla, cobré confianza, y me lancé a cabalgar a la cabeza del grupo.

Primero descendimos por una amplia quebrada, siguiendo un sendero de tierra roja que corría entre dos picas de barro. Una vegetación compuesta de tunares y de maguey nos acompañó hasta la mitad de la vertiente. Luego vimos



los primeros eucaliptos que daban sombra a los tambos. Más abajo, cerca del torrente, las tierras de pan llevar. Un aire puro, concentrado, me penetraba por la boca como una emulsión y me daba la ilusión de la fortaleza. A cada paso me sentía capturado por la violencia de la sierra, huida para siempre mi enfermiza y pálida vida de ciudadano.

Luego de cruzar el torrente comenzamos a trepar por la vertiente opuesta. Los caballos resollaban y se detenían a beber en los manantiales. La atmósfera se iba enrareciendo. Abajo fue quedando todo lo que recordaba la presencia del hombre. Hasta el camino se desdibujó en multitud de huellas que se confundían con los cauces de la lluvia o simulaban los rastros de algún animal montubio. Al fin, cuando los arbustos desaparecieron, y los aires, que no encontraban resistencia, se iban haciendo fríos, vencimos la cuesta y delante de nosotros solo quedó una planicie verde cuyos límites se perdían en el horizonte. Era la pampa de Algallama.

El ingeniero Gonzales, que nos acompañaba desde Santiago, detuvo su caballo y se despidió, tomando el camino de Cachicadán. Felipe lo vio alejarse y luego, tranquilamente, extrajo un revólver de su casaca y examinó su tambor. —Esta pampa hay que atravesarla armado —dijo, al percatarse de mi estupor—. El año pasado asaltaron a dos hacendados. Cuando te cruces con un jinete, detén tu caballo sobre la derecha y no reinicies camino hasta que los veas desaparecer.

En seguida se echó un pisco a la garganta y, espoleando su bestia, se lanzó a través de la pampa.

En mitad de la tarde comenzó a llover. Esa inmensa meseta agujereada de charcos, erizada de extraños cactus achatados que parecían los excrementos de algún animal mitológico, me deprimía el ánimo y me hizo sentir de golpe la fatiga del viaje. Tan solo cuando poníamos las bestias al galope sentía cierta excitación, como si de pronto me hubiera convertido en otra persona o hubieran pasado años desde que abandonara Lima. Felipe se entretenía cantando huainos picarescos que el viento arrancaba de sus labios y echaba en desorden hacia atrás.

Cuando terminamos de cruzar la pampa divisamos el caserío de Angasmarca, nacido a la sombra de una roca piramidal. En la fonda para viajeros desmontamos para esperar que las aguas amainaran. Felipe pidió dos bisteques y abandonando la mesa salió de la fonda. Lo vi cruzar la calle y perderse en un portón. Luego reapareció con un chiquillo que se le prendía del pantalón de montar. Acariciándolo, lo dejó en brazos de una mujer cuyo torso asomaba por el postigo. Luego vino hacia la fonda, se acomodó en el banco y comenzó a comer con enorme apetito su bistec.

—¿Sabes quién es ese? —me preguntó, mientras masticaba—. ¡Mi hijo! —añadió, echándose alegremente a reír.

Después del café seguimos viaje, a pesar de que el mal tiempo continuaba. Los caminos se habían convertido en acequiones por donde las bestias andaban con el agua hasta los estribos. Subíamos otra quebrada. Una espesa cortina de agua nos cegaba. Felipe había perdido el buen humor y cabalgaba pensativo, la barbilla incrustada en el pecho. Fue en ese momento cuando sentí una sensación extraña: la de estar recorriendo un camino ya conocido. Los parajes tenían para mí un lenguaje secreto. No podía prever ningún accidente, ningún recodo del camino, pero una vez propuestos a mi vista los asumía con familiaridad y sentía la turbación de un reencuentro. Felipe se detuvo de súbito al lado de un albergue.

—Bajemos —ordenó.

Una india vieja salió a recibirnos, abrazó a Felipe con alborozo y nos invitó a tomar chicha. Felipe secó su jarro y me hizo pasar a una habitación interior que parecía un cuarto para viajeros. Yo me preguntaba si estaríamos ya en la hacienda. Luego de mirar por la ventana, Felipe se volvió con presteza.

—Aquí se albergaba mi padre cuando era comisario —dijo contemplando el camastro—. Una persona que nunca supimos quién fue, metió la mano por la ventana y lo asesinó de un balazo en la espalda.

Ello constituía tal vez algún viejo secreto de familia. A pesar de referirse a un hecho muy antiguo, la noticia me hizo

daño, como si se tratara de una calamidad reciente. Proseguimos la marcha bajo el mal signo de la muerte. Ida la lluvia, andábamos por tierra enlodada. Felipe hablaba de su padre, a quien siempre vio limpiando sus armas para salir a batirse contra las montoneras. Luego comenzó a darme consejos sobre la manera cómo debía comportarme en San Gabriel.

—Hay que ser gracioso —decía—. Por aquí rara vez cae un limeño. Tienes que bailar en las fiestas y entretener a tus primos.

Yo apenas lo escuchaba. Pensaba en mi abuelo encontrado al alba, en aquel albergue, azul y frío sobre su sábana roja.

Atardecía, cuando Felipe sofrenó de súbito su caballo.

—Llegamos —dijo, señalando con el brazo hacia adelante. Al fondo de una hondonada se veía una masa de eucaliptos, una casa blanca muy grande con tejas encarnadas y un sendero de tierra roja que llegaba a nuestros pies. Silbidos y gritos se escucharon en la quebrada y pronto vi tres muchachos que corrían hacia nosotros agitando sus sombreros.

A mitad del camino los encontramos. Felipe desmontó y los abrazó uno tras otro. Ellos, sin embargo, permanecían inquietos, observando mi figura.

—Baja y saluda a tus primos —ordenó Felipe—. Son los hijos de tu tío Leonardo, el dueño de San Gabriel.

Desmonté con dificultad, al extremo que estuve a punto de hacerme arrastrar por mi cabalgadura. Mis primos se rieron. Mi aspecto entumecido debía ser notoriamente ridículo.

—Abrazalos —prosiguió Felipe.

Los estreché murmurando algunos saludos. Al observarlos con mayor atención noté que los tres eran diferentes. El mayor tenía las facciones finas pero saludables; el segundo era lánguido, ojeroso, transparente; el tercero era de raza india, cobrizo y achinado.

—¿Dónde está Leticia? —pregunté al fin.

—Leticia soy yo —dijo el mayor de los muchachos, y se quitó el sombrero. Un mechón de pelo negro cayó sobre su frente. Quedé sorprendido y no pude por menos que examinar su cuerpo, que, bajo la indumentaria masculina, parecía el de un mozo quinceañero.

—¿No le das un beso a tu prima? —observó Felipe.

Quedé paralizado. En mi vida había besado a una mujer y me fastidiaban todas las demostraciones de afecto. Fue ella quien estiró el cuello hacia mí y me rozó la mejilla con los labios.

—Una serrana te da el ejemplo —comentó Felipe, pero no pude responder. Me sentía confuso, irritado, y mi prima hubo de notarlo, pues, bruscamente, se puso seria y, dándonos la espalda, echó a correr hacia la casa, perseguida por sus perros.